CAPÍTULO IX.

De las señaladísimas mercedes que recibió la Santa en la casa de Salamanca año de 1571.—Acude nuestra Madre á Medina y defiende á sus hijas contra las pretensiones de los deudos de una novicia.—Disgustado el Provincial envíala á Avila.—Visítala el P. Fernández y queda complacido de su virtud y prudencia.—Vuelve á Medina con el cargo de Prelada.—Es nombrada Priora del monasterio de la Encarnación.

TIEMPO ha que venimos ocupándonos en la vida activa y trabajosa que con motivo de las fundaciones traía la Santa. Solícita cual otra Marta en promover por todas vías las obras del servicio del Señor, no ha dejado un punto la dulce contemplación de María, uniéndose al Esposo de su alma con lazos cada vez más estrechos de amor. Tampoco su Majestad ha dejado de enriquecerla con dones extraordinarios, y esta es la ocasión de referir los que comunicó á su Sierva, estando en el monasterio de Salamanca á fines de cuaresma y días siguientes del 1571.

Con el conocimiento que el Señor le había dado de su grandeza, y de cuán obligada estaba á amarle, andaba nuestra Madre por este tiempo muy cansada de las cosas de acá, y con grandísima pena de verse ausente de Dios, y no poder gozarle. Fatigada un día con la pena de no verse unida para siempre con su amado, llegóse la noche, y obligada por la flaqueza natural, quiso comer un poco de pan; pero tan desfallecida y falta de apetito se encontraba, que nada podía tomar. Viéndose así la afligida Santa, cogió el pan con ánimo de hacerse fuerza para comerlo. Al mismo tiempo vió á Cristo que partiendo el pan, y poniéndoselo en la boca, le decía: *Come, hija, y pasa como pudieres; pésame de lo que padeces, mas esto te conviene ahora.* Llegóse el domingo de Ramos, y después de comulgar este día, cuando aun no había pasado la forma, quedó con gran suspensión de potencias, y al tornar en sí parecióle tener toda la boca henchida de sangre, y lo mismo el rostro, cual si entonces acabara de derramarla el Señor. En medio de la suavidad que con este regalo sentía, oyó que le dijo su Majestad: *Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me hacías este día.* «Esto dijo, afirma la Santa, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía; y procuraba aparejar mi alma para hospedar á el Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir á comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo» (1).

El domingo de Resurrección, sino es cuando comul

(1) Relación IV.

gó, pasóle con gran soledad. Reunidas á la noche las monjas con el fin de tomar un rato de recreación, cierta novicia, llamada Isabel de Jesús, cantó unas coplillas, cuyo estribillo decía así:

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno:
Véante mis ojos,
Muérame yo luego (1).

Al escuchar la enamorada Santa los tiernos acentos del piadoso cantar, como ya estaba con pena por la ausencia de su amado, fué tal la impresión que experimentó, que de presto comenzaron á entumecérsele las manos, y quedó el alma enajenada y suspensa, sin que bastara resistencia.

De dónde nacía á la Santa esta dichosa pena, y en qué peligro de morir la ponía, acláralo bien la misma en el último capítulo de las Sextas Moradas. «Es la causa, dice, que como va conociendo más y más la grandeza de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo; porque también crece el amar, mientras más se le descubre lo que me-

(1) Las coplillas que acompañaban á dicho estribillo consiguió encontrarlas el Sr. La Fuente tras muchas indagaciones en uno de los Códices Carmelitanos que se conservan en la Biblioteca Nacional, los cuales al pié de la letra dicen así:

Vean quien quisiere
Rosas y jazmines,
Que si yo te viere,
Veré mil jardines.
Flor de serafines
Jesús Nazareno
Véante mis ojos
Muérame yo luego.

No quiero contento,
Mi Jesús ausente,
Que todo es tormento
A quien esto siente.
Solo me sustente
Tu amor y deseo;
Véante mis ojos
Dulce Jesús bueno.

Refiere Isabel de Jesús en sus declaraciones, para la causa de beatificación de la Santa, que cuando ésta iba al monasterio de Salamanca solía decirle: Venga acá, hija mía, cánteme aquellas coplillas.

rece ser amado este gran Dios y Señor; y viene en estos años creciendo poco á poco este deseo, de manera que la llega á tan gran pena, como ahora diré..... Acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero, ú por una palabra que oye, de que se tarda el morir, venir de otra parte (no se entiende de dónde ni cómo) un golpe, ú como si viniese una saeta de fuego. No digo que es saeta, mas cualquiera cosa que sea, se ve claro, que no podía proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque digo golpe, mas agudamente hiere; y no es á donde se sienten acá las penas á mi parecer, sino en lo muy hondo é íntimo del alma, á donde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos; que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser; porque en un punto ata las potencias, que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor..... Porque el entendimiento está muy vivo, para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar gritos. Con ser persona sufrida, y mostrada á padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en lo interior del alma. Por eso sacó esta persona (alude á ella misma así en esto como en lo que dice después) cuán más recios van los sentimientos de ella que los del cuerpo, y se le representó ser de esta manera los que padecen en purgatorio, que no les impide no tener cuerpo, para dejar de padecer mucho más, que todos los de acá teniéndole padecen. Yo ví una persona ansí, que verdaderamente pensé que se moría; y no era mucha maravilla, porque cierto es gran peligro de

muerte; y ansí aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tienen tan abiertos, como si el alma quisiese ya dar á Dios, que no es menos, porque el calor natural falta, y le abrasa de manera, que con otro poquito más hubiera cumplídole Dios sus deseos; no porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, aunque se descoyunta, como he dicho de manera que queda dos ú tres días después sin poder aun tener fuerza para escribir, y con grandes dolores; y aun siempre me parece le queda el cuerpo más sin fuerza que antes. El no sentirlo debe ser la causa ser tan mayor el sentimiento interior del alma, que ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte, aunque haya otros muchos se sienten poco..... Acaecido ha no durar más de un cuarto de hora, y quedar hecha pedazos: verdad es que esta vez del todo perdió el sentido, según vino con rigor, y estando en conversación, Pascua de Resurrección, el postrer día, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad, que casi no entendía lo era, de solo oir una palabra de no acabarse la vida» (1).

Estuvo la Santa con la dicha pena, ocasionada por el cantarcito de la novicia, toda la noche hasta la mañana del día siguiente en que puesta en oración quedó arrobada, pareciéndole que el Señor la había llevado en espíritu junto á su Padre y díchole: *Ésta que me diste te doy*. Bien deseara nuestra Madre comunicar con su director espiritual los efectos de estas mercedes extraordinarias, pero encontrábase ausente, y ya que no podía de palabra, dióle por escrito lo que por ella pasaba. «Como vuesa merced, le dice, se fué ayer tan presto, y yo veo las muchas ocupaciones que tiene para

(1) De las Moradas c. XI.

poderme yo consolar con él aun lo necesario, porque veo son más necesarias las ocupaciones de vuesa merced, quedé un rato con pena y tristeza. Como yo tenía la soledad que he dicho, ayudábame, y como criatura de la tierra no me parece me tiene asida, dióme algún escrúpulo, temiendo no comenzase á perder esta libertad. Esto era anoche, y respondióme hoy nuestro Señor á ello, y díjome: Que no me maravillase, que ansí como los mortales desean compañía para comunicar sus contentos sensuales, ansí el alma le desea, cuando hay quien la entienda, comunicar sus gozos y penas, y se entristece en no tener con quien. Díjome Él: Agora vas bien, y me agradan tus obras. Como estuvo algún espacio conmigo, acordóseme que había yo dicho á vuesa merced que pasaban de presto estas visiones, y díjome: Que había diferencia de esto á las imaginarias, y que no podía en las mercedes que nos hacía haber regla cierta; porque unas veces convenía de una manera y otras de otra.

Después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor, y comenzóme á consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: Vesme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos; y parecíame que me las tomaba, y llegaba á su costado, y dijo: Mira mis llagas, no estás sin Mí; pasa la brevedad de la vida.

En algunas cosas que me dijo entendí, que después que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con naide. Díjome que en resucitando había visto á nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad; que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquél gozo. Por aquí entendí estotro mi traspasamiento bien diferente. ¿Mas cuál debía ser el de la Virgen? Que había estado

mucho con ella, porque había sido menester hasta consolarla» (1).

Con estos regalos disponía el Señor á la Santa, así para llevar otros mayores trabajos, como para recibir más delicadas mercedes. Contentísima hubiera continuado entre sus hijas de Salamanca, disfrutando de la pobreza y desacomodamiento de la casa, si la necesidad y bien de sus monjas no la hicieran salir de ella.

Pretendían los deudos de una novicia del monasterio de Medina, llamada Isabel de los Ángeles, que á título de la hacienda que ésta llevaba, les diese el convento el patronato de la capilla mayor. Opusiéronse á ello las religiosas, pero, viendo que la pretensión de dichos deudos era favorecida por el Provincial de los Carmelitas, avisaron de ello á la Madre Teresa, la cual, conociendo estar la razón y la justicia de parte de sus monjas, acudió luego á Medina con el fin de defenderlas. Como el dicho P. Provincial insistiese en secundar las exigencias de los tales deudos contra el parecer y consentimiento de la novicia, para evitar disturbios y allanar dificultades, dispuso la discreta Fundadora que Isabel de los Ángeles fuera al monasterio de Salamanca, quedando así remediada la pobreza de esta casa, y en paz y sin compromisos las monjas de Medina.

Hallándose la Santa en el convento de Medina, aconteció tener que hacer el nombramiento de prelada. Quería el Provincial que desempeñase dicho cargo cierta religiosa, pasada de la Encarnación; mas conociendo las Carmelitas Descalzas que la tal monja no les estaba bien de superiora, eligieron de unánime consentimiento á Inés de Jesús. Resentido el Provincial de que la elección no se hubiera hecho á su gusto, poco contento de la medida tomada con motivo del negocio de los deudos de la novicia, y azuzado además por algunos que calificaban de atrevimiento y descaro la entereza y rectitud de la Santa, puso á ésta un mandamiento con pena de excomunión para que inmediatamente así ella como la priora electa fuesen á Ávila, quedando de superiora en Medina Teresa de Quesada. Obedeció inmediatamente nuestra Madre, saliendo acompañada de Inés de Jesús para su monasterio de Ávila en dos jumentillos de un aguador, dejando á Dios el cuidado de poner remedio al mal.

(1) Relación IV.

Nombrado por este tiempo Visitador Apostólico de los Carmelitas de la Provincia de Castilla el P. Dominico Fr. Pedro Fernández, varón de grande prudencia y letras, acertó á venir á la ciudad de Ávila en cumplimiento de su oficio. Aquí deseó conocer á la Madre Teresa, y ver si lo que se decía de su virtud y otras cosas extraordinarias, era tanto como le habían ponderado. Con este intento fué á visitarla á S. José, y ofreciéndose ocasión, dióle la Santa cuenta de su vida y espíritu, y del modo de proceder en las fundaciones hechas. Admirado el Visitador Apostólico de su virtud y dotes singulares, no se hartaba de ensalzarla, y decía que la Madre Teresa había mostrado al mundo cómo era posible en mujeres guardar la perfección evangélica. De Ávila pasó el celoso Dominico á Medina, y aquí tuvo noticia de las inquietudes de las Carmelitas, ocasionadas por el desacertado gobierno de Teresa de Quesada, la cual, mal avenida con la observancia y rigor de las Descalzas, habíase vuelto á la Encarnación. Como se encontrase el monasterio sin prelada, las monjas, de acuerdo con el Visitador Apostólico, eligieron por tal á su Santa Fundadora. En el viaje que esta vez hizo nuestra Madre de Ávila á Medina aconteció una cosa digna de notarse. Acompañábanla varias personas, y sucedió que llegada la noche,

se encontraron con un río que no se atrevían á pasar por serles desconocido el vado. Viéndoles la Santa indecisos, y sin saber qué partido tomar, dijo: No será bien que estemos aquí al sereno: encomiéndense á Dios, y comiencen á pasar. Dicho esto, dió ella los primeros pasos, entrándose animosa por el río, y al resplandor de una luz maravillosa que á lo lejos apareció, pudieron todos pasarle sin peligro, teniendo por cierto haber recibido tan inesperado auxilio gracias á las oraciones de Teresa. Recibiéronla sus amadas hijas de Medina con la alegría que se deja suponer, aunque duróles poco tiempo el gozo de tenerla consigo.

Habiendo el Visitador Apostólico cumplido con su oficio en Medina, volvióse á Ávila para hacer lo mismo en el monasterio de la Encarnación. Hallábase esta casa á la sazón muy desconcertada, así en lo espiritual como en lo temporal, y era preciso poner pronto remedio al mal que de día en día aumentaba. Imaginó el prudente Dominico que ninguno más eficaz al intento que el poner allí de superiora á la Madre Teresa, para que con su celo y discreción diese nueva vida á su primitivo convento, donde el espíritu religioso languidecía y casi se apagaba. Consultado el negocio con los padres Carmelitas, opinaron como él, y el P. Fernández en virtud de las facultades que tenía, nombró á la Santa Fundadora prelada de la Encarnación. Cuchillo de dolor fué para la Madre Teresa este nombramiento, porque consideraba por una parte el desconsuelo en que habían de quedar sus hijas, las de Salamanca y Medina sobre todo, que más la habían menester, y por otra los peligros y desasosiegos en que se metía, habiendo de gobernar súbditas que por lo general estaban mal acostumbradas. Tan pesada le parecía esta cruz, que la parte inferior se resistía á cargar con ella, y por eso exclamó: Señor Dios de mis entrañas y de mi

alma: veisme aquí, vuestra soy, la carne como flaca siente, mas mi alma está pronta; hágase tu voluntad. Después de esto, estando encomendando á un hermano suyo que estaba en lugar donde podía peligrar su salvación, con la amistad grande que tenía con Dios, atrevióse á decir: *Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Paréceme que no me quedara cosa que pudiera por hacer.* Aprovechándose entonces su Majestad de las palabras con que Teresa hiciera su petición, arguyóla así: *Oh hija, ¿hermanas mías son estas de la Encarnación y te detienes? Pues ten ánimo, y mira lo que quiero yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderán estotras casas, ganarán lo uno y lo otro: no resistas, que es grande mi poder.*

Causaron dichas palabras tal efecto en el ánimo de la Santa, que sin andar en vacilaciones, determinó abrazar la pesadísima cruz con que su Majestad la convidaba, resuelta á morir mil muertes antes que faltar en un punto á lo que entendía ser del servicio del Señor. Animó á sus hijas de Medina á que se resignaran á la voluntad de Dios, manifestada en el mandato del Superior, y encomendándose á las oraciones de todas, despidióse con mucha ternura dejándolas anegadas en lágrimas.

Salió de Medina por el mes de Octubre de 1571, y habiendo de hacer noche en Arévalo, envió delante á cierto sujeto con encargo de decir á un clérigo, que encontraría paseando á la entrada del lugar, tuviera prevenido aposento para ella y su compañera. El mensajero encontró al clérigo, llamado Alonso Esteban, cual la Santa tenía dicho, y dado el recado, dispuso dicho sacerdote el conveniente alojamiento en casa de Doña Ana de Velasco, donde las caminantes Carmelitas pasaron tranquilas la noche. Á otro día despi-

diéronse agradecidas de dicha señora, y en llegando á Ávila, fuése nuestra Madre al monasterio de S. José y allí, según el P. Visitador lo tenía ordenado, hizo la siguiente aclaración y renuncia:—Digo yo Teresa de Jesús, Monja de nuestra Señora del Carmen, profesa en la Encarnación de Ávila, y ahora de presente en S. José de Ávila, donde se guarda la primera regla, que hasta ahora yo la he guardado aquí con licencia de nuestro Rmo. Padre Fr. Juan Bautista Rubeo, que también me la dió, para que, aunque me mandasen los Prelados tornar á la Encarnación allí la guardase, que es mi voluntad guardarla toda mi vida, y así lo prometo: y renuncio todos los Breves que hayan dado los Pontífices para la mitigación de la dicha primera regla. Y con el favor de N. Señor la pienso y prometo guardar hasta la muerte; y porque es verdad lo firmo de mi nombre.—Teresa de Jesús, Carmelita.

Hecha la dicha renuncia, puesta en los brazos de Dios, y cual víctima que se prepara al sacrificio, encaminóse hacia la Encarnación. En el capítulo siguiente veremos lo mucho que hubo de padecer, y el señaladísimo triunfo que con la ayuda de Dios alcanzó.

CAPÍTULO X.

Estado en que se encontraba el monasterio de la Encarnación cuando la Santa fué nombrada Prelada de él.—Alborótanse las monjas con motivo de dicho nombramiento.—Comienza nuestra Madre á ejercer su oficio, y con su virtud y acertado gobierno experimenta en breve el monasterio notable aprovechamiento.—Enfermedades que padeció en el primer año de priora en la Encarnación.

El número de monjas en la Encarnación, cuando la Santa fué nombrada priora, pasaba de ochenta. Hacía tiempo que por falta de buen gobierno en la casa, no se encontraban atendidas en lo temporal cual convenía, é íbase por esta razón abriéndose ancha brecha á la relajación y ruina de la observancia. Con las faltas que experimentaban unas veces de vestido, otras del conveniente sustento, andaban muy quejosas, y era causa de continuo trato con parientes, con lo que se iban aseglarando, y disipando más y más cada día. Las cosas del alma caminaban de mal en peor, y si no viniera luego remedio, por fuerza